



ESPERA PARA COMER. Familias desplazadas aguardan su turno para recibir alimentos distribuidos por la Cruz Roja Internacional en un campamento. / EFE

El mismo futuro de exilio

MERCEDES GALLEGO
ENVIADA
ESPECIAL. BAGDAD



Alí Abdul Hassan lo tiene tan claro que no pestaña al decirlo. «El día que se vayan los americanos, a mi hermano lo matan», sentencia. Como él hay muchos que sienten un escalofrío en la espina dorsal cada vez que oyen a Hillary Clinton o a Barack Obama prometer la retirada de las tropas en enero si ganan las elecciones. Son los aproximadamente 110.000 iraquíes que, según los cálculos del embajador, Ryan Crocker, trabajan para el Gobierno americano o los contratistas estadounidenses.

A medida que aumenta en Estados Unidos la presión para zanjar la guerra en Irak, una imagen grabada a fuego en la memoria del siglo XX recupera forma entre los norteamericanos un día la vieron por televisión. Es la de miles de vietnamitas trepando por las vallas de la Embajada estadounidense en Saigón para colgarse como fuese del último helicóptero que abandonaba el país. La mayoría de los que perdieron ese pasaje para salir del infierno fueron ejecutados o internados en campos de concentración.

El presidente, George W. Bush, ha jurado que Estados Unidos no volverá a ver esas imágenes en Irak, pero no tanto porque esté ocupándose de la seguridad de los llamados 'colaboracionistas', sino porque se niega a aceptar la reti-

Los refugiados y quienes ahora trabajan para las tropas estadounidenses están condenados a compartir miseria en uno de los países vecinos

rada. Quienes sienten la inmediatez de la partida son los demócratas, especialmente el senador Ted Kennedy, que ha logrado introducir una ley para dar asilo gradualmente a los que su país ha dejado marcados con un blanco de tiro en la espalda.

Mohanad, el hermano de Alí, apodado Ángel por los estadounidenses, se vio atrapado en la 'zona verde' para siempre casi sin pen-

sarlo. Cuando Washington decidió invadir Irak él creyó tener la buena fortuna de haberse graduado en Filología inglesa, por lo que pronto encontró un trabajo bien pagado como traductor del Ejército del Pentágono. Sin saberlo, cada vez que aparecía en televisión junto a uno de los mandos norteamericanos para traducir sus palabras cerraba una puerta más tras de sí. Pronto se dio cuen-

ta de que no había marcha atrás. Si les dejaba, era hombre muerto. Y a medida que la violencia se volvió ciega en las calles, tuvo que dejar de ver a su familia para no ponerla en peligro. «A mi hermano le conoce todo el mundo», explica Alí. «Ha salido demasiadas veces en televisión».

Tan intensa ha sido su fusión con el Ejército invasor que ahora habla como un soldado de Texas,

con el mismo acento espeso del sur, las coletillas americanas y una jerga de acrónimos militares ininteligibles para cualquier civil, que se torna abruptamente sincera a la hora de enfrentar la realidad. «Tengo 29 años y sigo soltero. Hace cuatro años que no veo a mi madre o a mi hermano. Si los americanos no me llevan con ellos tendré que irme a Siria o Jordania».

Huir a Siria o Jordania

Esos dos países vecinos son los destinos principales de quienes huyen de Irak campo a través. A Damasco tuvo que huir también Ahmed Alí, que fue empleado como traductor por una televisión británica. «No saben distinguir

Los últimos de Artawiya

M. G. BAGDAD

Finalmente, alguien que está contento con el nuevo Irak. Ha costado una semana encontrarlo. Tenía que ser alguien que viniese de algo mucho peor que lo que se vive hoy en las calles de la flamante democracia. Alguien que está cerrando el círculo de lo que millones de iraquíes acaban de empezar: la tragedia del refugiado.

Hassan al-Muthafer respira a pleno pulmón con una sonrisa de oreja a oreja. Por fin en casa.

Tenía 27 años cuando tuvo que huir por el desierto a Arabia Saudí, después de haber liderado las revueltas chiíes en su Nayaf natal, que aprovecharon la derrota del presidente Sadam Hussein para tumbarlo.

«Cuando vimos llegar los aviones pensamos que eran los americanos para apoyar nuestra insurrección, llevábamos dieciocho días en control de la ciudad y teníamos quince de las dieciocho provincias de Irak. Nos quedamos sin habla cuando vimos que los aviones america-

nos escoltaban a los iraquíes»

La venganza del dictador fue tan cruel como se esperaba. Al menos 35.000 personas tuvieron que huir de la represión a través del desierto saudí, donde nunca se les permitió salir de los campamentos e integrarse a las ciudades. «Aquello no era vida, sino una cárcel en el desierto», dice Al-Muthafer, uno de los últimos en abandonar el campamento de Artawiya.

Diecisiete años

La vida es la que a él se le ha ido, embrutecido por diecisiete años de exilio de los que ha pasado temporadas en prisiones saudíes por protestar contra los abu-

esos de sus carceleros.

Hoy tiene 43 años. Hace sólo tres meses que ha logrado volver a casa. No tiene mujer, ni hijos, ni trabajo, ni futuro, pero se siente libre y dueño del suelo que pisa. Su única ocupación es acompañar a su amigo Alí Warwar durante sus esporádicos trayectos a Bagdad.

La travesía es demasiado peligrosa como para viajar solo, pero Al-Muthafer baja la ventanilla, respira con placer el aire de su país y sonrío a los que le apuntan con la ametralladora en los controles militares. Millones de iraquíes repartidos en los países vecinos envidiarían ese pequeño placer.



«El día que se vayan los americanos, a mi hermano lo matan», vaticina un bagdadí

Jóvenes iraquíes se prostituyen en Siria o Jordania para dar de comer a su familia

garon. De eso hace ya año y medio. Ni una llamada más.

Era el segundo mensaje marcado con sangre que recibía. El primero fue el cuerpo tiroteado del hijo de su casero, que le dejaron en el portal de la vivienda. «No sabía si me estaban mandando un mensaje a mí o se habían equivocado, pero me fui esa misma noche de la casa». A la siguiente misiva se marchó del país.

Llevaba cuatro años trabajando con la prensa extranjera, pero a sus vecinos les dijo que era taxista. Los colaboracionistas no pueden fiarse ni de sus propias familias. «Cuando empecé a ver cómo cambiaba la situación después del primer año le dije a todo el mundo que dejaba el trabajo de traductor y me metía a taxista».

De la noche a la mañana

Alí, otro graduado en inglés, con acento británico y discurso elocuente, no sabe explicar cómo se abrió la caja de Pandora en su país. «Hasta los 18 años ni siquiera sabía si yo era suní o chií. El día que lo descubrí también averigué que mi mejor amigo era chií. Yo vivía en un barrio chií y tenía amigos cristianos. No sabíamos ni lo que éramos hasta que cayó Sadam Hussein. De la noche a la mañana todo el mundo empezó a hablar de eso, tal vez lo provocó la invasión, tal vez las milicias, no lo sé».

Los que se han tenido que marchar huyendo de la limpieza étnica son ahora expatriados sin permiso de trabajo y visados temporales en los países vecinos. Tan sólo Siria y Jordania albergan entre ambos 2.25 millones de refugiados iraquíes, además de los 2.4 millones de desplazados dentro de Irak, en lo que supone ya la mayor crisis de refugiados de nuestro



UNA NIÑA IRAQUÍ se lava las manos en un campamento. / AP

tiempo. Cada mes se suman a la tragedia 60.000 más. No viven bajo lonas en medio del desierto, sino entre la miseria de las ciudades. El 82% de los desplazados internos son mujeres y niños, según Human Rights First, porque el cabeza de familia suele aparecer en la morgue.

Al principio, Siria y Jordania les abrieron las puertas, pero no por ello les autorizaron a trabajar

ni les proporcionaron el pan sobre la mesa. Detrás tenían que dejar el orgullo, la dignidad y las virtudes.

Las mujeres más jóvenes y desesperadas se han visto obligadas a cambiar el velo y la abaya por ropa ajustada para bailar en los clubs de striptease de Damasco, donde las iraquíes baratas han convertido a la ciudad en la capital de la prostitución del golfo Pé-

sico, el nuevo destino sexual de la región.

Según la organización Women's Will, 50.000 mujeres iraquíes venden sus cuerpos en las noches de Damasco. La mayoría adolescentes entregadas por sus propias madres, que no tienen otro ingreso para mantener a la familia. En el menú es frecuente encontrar vírgenes. De allí si que no hay vuelta atrás, serían repudiadas por sus propias familias si logran regresar a Irak.

Alí ha tenido suerte. Su trabajo en Damasco con las televisiones estadounidenses le puso en contacto con la organización PEN, que le ayudó a obtener asilo político en Estados Unidos. Todavía utiliza nombre falso y evita dar demasiados datos sobre su familia para no poner en peligro a los que dejó en Irak.

Mucha sangre

«Cuando retiren las tropas va a haber mucha sangre», vaticina. «Todo el que haya trabajado para una empresa extranjera está en peligro». Y eso le causa un angustioso conflicto. No quiere tropas invasoras ocupando permanentemente su país, pero tampoco ver a los suyos desamparados en manos de las milicias, así que llega a una ambigua solución. «Que se queden pero no para siempre».

Con su ceguera a admitir el declive de la situación, el Gobierno de Bush puede estar propiciando imágenes aún más estremecedoras que las de Saigón. En aquellos meses de 1975 previos a la retirada de Vietnam, la Administración republicana de Gerald Ford aprobó un plan expedito para reubicar en territorio americano a 131.000 vietnamitas en sólo ocho meses. Este año, con la nueva Ley sobre la crisis de refugiados en Irak y los mejores deseos del Gobierno, Estados Unidos aspira a estudiar 8.000 peticiones de asilo, pero en los primeros tres años desde la invasión, sólo 825 lograron llegar a la tierra prometida por los americanos. En comparación, Washington ha autorizado la acogida de 200.000 cubanos y 155.000 soviéticos, pero con ese gesto se demostraba el fracaso del comunismo. Lo que ahora batalla el presidente contra esta incontenible marea de sufrimiento humano es su legado en la historia.

La crisis humanitaria y la violencia se recrudecen cada día en Afganistán

Cheney visitó por sorpresa Kabul e instó a la OTAN a que reforzase sus «compromisos futuros»

AGENCIAS NUEVA YORK / KABUL

La escala de la violencia insurgente y la crisis humanitaria se recrudecen en Afganistán, una situación que ha obligado al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a ampliar por unanimidad la misión política del organismo mundial en el país, a fin de coordinar las labores internacionales militares y civiles diseñadas para respaldar al Gobierno afgano ante el caos que sufre. La renovación del mandato por otro año otorga al noruego Kai Eide, el nuevo representante especial de la ONU en Afganistán, así como a la

propia encomienda, la responsabilidad de «fortalecer y aumentar su presencia».

Una decisión motivada por «la creciente violencia y actividades terroristas por parte de Al-Qaida, grupos armados ilegales, delincuentes y los narcotraficantes, así como la creciente relación entre el terrorismo y el narcotráfico». Los

CHENEY EN KABUL

Vea la visita sorpresa de Cheney a Afganistán en la sección multimedia de www.elcorreodigital.com

15 miembros del Consejo pusieron en marcha esta labor el 28 de marzo de 2002 con el objetivo de brindar ayuda técnica, política y estratégica a Afganistán, al mismo tiempo que promocionar el respeto por los derechos humanos. Pero la situación, lejos de calmarse, se aviva cada año que transcurre.

Hacia una democracia

La notificación de expandir el apoyo por parte de la ONU en Afganistán coincidió con la visita sorpresa del vicepresidente norteamericano, Dick Cheney, que viajó ayer a Kabul para conversar con el presidente Hamed Karzai sobre la lucha contra los movimientos extremistas. Este encuentro se produce semanas antes de la cumbre de la OTAN, que se celebrará



CHENEY y Karzai ofrecen una rueda de prensa en Kabul. / AFP

entre el 2 y el 4 de abril en Bucarest, para abordar la situación en Afganistán y la misión de las fuerzas de la Alianza Atlántica.

«Estados Unidos pedirá a sus aliados un pacto aún mayor en el futuro porque ésa es la clave de la seguridad. La OTAN tiene que reforzar sus compromisos futuros,

ya que el pueblo afgano se debe dotar de fuerzas bien entrenadas y equipadas», instó Cheney.

En la reunión con Karzai, el vicepresidente norteamericano discutió «el progreso hacia un Afganistán democrático, pero también sobre el trabajo que queda por hacer; sobre todo en el sur del país».